9086

LA PROMESA DE MARÍA

POR

SOR FELISA GIRAUTA LAJUSTICIA

TEATRO COLEGIAL

TEATRO COLEGIAL

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/lapromesademarac2302gira

LA
PROMESA DE MARÍA

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

SOR FELISA GIRAUTA LAJUSTICIA

BARCELONA
ANTONIO J. BASTINOS, EDITOR | LIBRERÍA DE JULIÁN BASTINOS
CONCEJO DE CIENTO, 306 | CALLE DE PELAYO, 52.
1902

PERSONAS

LA VIRGEN.
SAN JOSÉ.
EL ERROR.
LA VERDAD

Paganos nobles de César Augusta. { JULIO.
FAUSTA, SU MUJER.

EZEQUIEL, HEBREO, NAZARENO.
MADROÑO.
SÉFORA, SU MUJER.

Cesaraugustanos. { MARCIAL, PASTOR.
PAULA, SU MUJER.

UN ÁNGEL.
MARÍA SALOMÉ.
SANTIAGO, SU HIJO, NIÑO DE POCOS AÑOS.
VARIOS ÁNGELES.

Es propiedad del editor

Barcelona: Hijos de Jaime Jepús, impresores, calle del Notariado, 9.—Teléfono 151

ACTO PRIMERO

El teatro representa el camino de Belén.

ESCENA PRIMERA

LA VIRGEN, S. JOSE.

S. JOSÉ. Descansa, te lo ruego,
un punto, esposa amada,
que es larga la jornada
y tú cansada vas,
y en tanto, del Altísimo
las obras que en tí hacé
loemos si te place.

MARÍA. Me es grata por demás.
(Siéntanse en algún banco rústico.)

S. JOSÉ. María, luz brillante,
que eclipsas la del día,
velada todavía...
pronto al débil mortal
que cruza entre tormentas
los mares de la vida,

613108

con dicha bendecida,
verá en ti su fanal.
Cantaron los Querubes
un día, en almos coros
con mil himnos sonoros
tu limpia Concepción;
hoy este privilegio
no cantan ni engrandecen,
pero es porque enmudecen
de pura admiración.
Que al que de plumas viste
á las aves ligeras
y tiñe las esferas
de espléndido zafir,
por celestial portento
en mortal envoltura
su misma criatura
ha podido vestir.
A Aquel que á las estrellas
las llama por su nombre
y pone, aunque asombre,
puertas de arena al mar,
á Aquel que el cielo encuentra
á su grandeza estrecho,
tu seno, humano hecho,
le puede ya encerrar.
El que con voz potente
dijo un día espantado
al pueblo congregado
allá en el Sinaí,
con balbuciente lengua,
sin otros estallidos
que besos repetidos
diráte Madre á tí.
Escala eres bendita
por donde el hombre sube
como en fulgente nube
para acercarse á Dios.

MARÍA. Y tú, mi amado Esposo,
Padre serás llamado
por Él y así invocado
á la par de los dos.
Será el cetro esa vara
que puras azucenas
de suave aroma llenas,
supieron coronar,
con que de Dios el reino
ó sea su morada,
con dicha no esperada
tú puedas gobernar.
Él mismo á los mortales,
que vengan con fervores
á demandar favores
en alas de su fé;
por darte mayor honra
dirá de ésta manera
cual Faraón lo hiciera
un día. «Id á José».
Y crecerá tu culto,
y el huérfano y la viuda
encontrarán ayuda
en tí, para su mal;
y llamaráte un día
en su fervor bendito,
Patrón, á voz en grito,
la Iglesia universal.
Mas todo son piedades
que nunca merecimos
ni agradecer supimos
aunque el sagrado amor,
haga un volcán del pecho,
y así, José, humildosos,
llamémonos dichosos,
esclavos del Señor.
Ahora, si lo mandas,
pues hemos descansado

y amantes alabado
al infinito Bien,
sigamos nuestro viaje.

S. JOSÉ. Tu gusto es siempre el mío.

MARÍA. Hagamos pues, Dios pío,
al punto hasta Belén.
(Vánse y al salir se cruzan con Ezequiel y Julio.)

ESCENA II

Dichos EZEQUIEL y JULIO.

EZEQUIEL Adiós y que Él os guarde.

MARÍA Y S. JOSÉ. Y con vosotros sea.

JULIO. ¡Oh Dioses inmortales!
Qué espléndida belleza
ante mi vista cruza
y en pos de si la lleva,
y allí a mí esposa inmóvil
y estática la deja.
Gozoso he recorrido
Oriente, y la Judea;
ante mí han desplegado
sus galas hechiceras.
Las rosas perfumadas
que en el Jasón descuellan,
del Líbano los cedros,
de Cades las palmeras
y allá en los hondos valles,
los lirios y azucenas.
Mas ¡ay! rosas y cedros,
palmas y lises níveas,
¿qué valen con sus dotes,
qué valen ante ella?

Su rosicler eclipsa,
su majestad supera,
á su esbeltez humilla
y su nieve avergüenza.
No es tan hermoso el oro
de las espigas secas
que saludando al aura
inclinan la cabeza,
como de sus cabellos
las finas, largas hebras.
No es tan fulgente el brillo
que tienen las estrellas
al ser de oscura noche
callados centinelas,
como el de sus pupilas
bajo arqueadas cejas.
Tras muros de corales
se forman en hilera,
en su graciosa boca
las nacaradas perlas
para dejarles paso
á sus sonrisas bellas;
y aunque su dulce acento
pude escuchar apenas
no son tan armoniosas
del cisne las endechas,
cuando el fin de sus días
ya próximo celebra.
Arabia la tomara
por una hada ligera,
la India por un Génio,
por una musa, Grecia,
y la potente Roma
por una diosa excelsa.
A esto yo más me inclino
causándome sorpresa
que sus divinas plantas
se posen en la tierra.

ESCENA III

EZEQUIEL, JULIO y FAUSTA que se habrá quedado durante la escena anterior en último término y mirando hacia donde desaparecieron MARÍA y S JOSÉ.

FAUSTA. Julio, dijiste verdad;
yo, atónita y admirada
ante tan rara veldad,
á poco caigo postrada
y la adoro por deidad.
Tiene su sér peregrino
algo que no es de este mundo,
que ni entiendo ni adivino;
pero al mirarla confundo
lo humano con lo divino.
Lleva en su cara serena
un sello como de diosa,
la nieve de la azucena,
el arrebol de la rosa
y la luz de luna llena.

JULIO. Sí, y en todo el mundo entero
no hay otra igual maravilla.
(*A Ezequiel.*) Quién es? Yo saberlo quiero.

EZEQUIEL. Una judía sencilla,
esposa de un carpintero.

FAUSTA. ¿Será posible, Ezequiel?

EZEQUIEL. La verdad pura y entera,
si bien esa carpintera
es del trono de Israel
la legítima heredera.

JULIO. ¿Cómo tanta humillación,
si solo por su belleza,
aun del Olimpo la alteza
fuera pobre habitación
á tan sublime grandeza?

EZEQUIEL. En esclavitud maldita
gime el pobre pueblo hebreo,
y un intruso ascalonita,
un vil y torpe idumeo,
por rey su palacio habita.
Eso sí, cetro y corona
son hoy sólo insignias vanas:
que las águilas romanas
exigen en esta zona
tributo cual soberanas.

FAUSTA. ¡Oh! pues si en mí consistiera
muy pronto todo cambiara;
pronto la Judea viera
y por Reina venerara
á esa humilde carpintera.

JULIO. Yo si cual lo encuentro justo
también lo hallase hacedero,
por brindárselo con gusto,
robase el cetro altanero
al mismo César Augusto.

FAUSTA. Si Roma verla alcanzase
pronto un templo le alzaría.

EZEQUIEL. En ruinas lo tornaría
ó á su Dios lo consagrase
la humildísima María.

FAUSTA. ¡María! ¿se llama así?

EZEQUIEL. Es su nombre.

FAUSTA. ¡Nombre hermoso!
en toda mi vida oí
otro más dulce y gracioso
y esto tengo para mí.
Si se pudiese formar
un arpa de tal valía
que diese por armonía
el melodioso cantar
de la alondra al nuevo día,
si tanta sonoridad
tuviese, cual la cascada

cuando con celeridad,
con estruendo y majestad
cae de lo alto despeñada;
á la par que la dulzura
del murmurante arroyuelo
que copia en su linfa pura
de la orilla la verdura
y los encantos del cielo;
si del agitado mar
cuando abre sus hondos senos
imitase el rebramar
con el fulgor de los truenos,
y hasta del viento el silbar;
si copiase con dulzor
el susurro de la brisa
y el canto del ruiseñor
cuando en su nido de amor
á su consorte divisa:
música no produjera
en que con fidelidad
cual en tal nombre, se viera
aunada, amable, hechicera,
la grandeza y suavidad.

JULIO. Bien le está, su sér desposa
en maridaje ideal,
y con modo original,
la paloma candorosa
con el águila caudal;
y en su luciente mirada
con misterioso fulgor,
la majestad encumbrada
con el modesto candor
brilla del todo hermanada.

ESCENA IV

Dichos, MADROÑO y SÉFORA

MADROÑO. *(á Sefora.)* Pus... te digo que es mu feo,
sin más burro que los pies
y la provisión que ves
dar semejante paseo.

SÉFORA. Quien manda manda, Madroño.

MADROÑO. Sí, valiente capirucho
ha tenido ese avichucho
de Emperador del dimoño,
Vaya un mandato bien bruto,
que te han de hacer tanto andar
para ¡narices! pagar
al fin del viaje un tributo.

EZEQUIEL. *(A Madroño.)* ¡Hola! ¿no se lleva bien
por lo visto el viajecito?

MADROÑO. ¿Si lo hago á gusto? ¡Maldito!

FAUSTA. ¿Y cuánto dista aún Belén?

EZEQUIEL y MADROÑO. Muy poco.

JULIO. Ganas me dan
de llegarnos hasta allí.
(A Fausta.) ¿Te parece á tí bien?

FAUSTA. Sí:
tal vez ellos allí irán.

JULIO. ¡Oh dioses! ¡volverla á ver!
¡esta idea me extasía!

MADROÑO. *(á Eze.)* ¿Has visto á José y María?
En viaje al amanecer
se pusieron.

EZEQUIEL. Sí los ví,
por cierto bien fatigados;
ahora ya aposentados
sin duda estarán allí.

SÉFORA. ¡Vaya, nosotros también
buena posada esperamos:
Adiós!

FAUSTA. Con vosotros vamos
que queremos ver Belén.

(Vánse todos.)

ESCENA V

El ERROR, luego la VERDAD. El Error vestido de negro y envuelto en un manto también negro: la Verdad traje blanco y manto de tul sembrado de florecillas.

ERROR. *(Por Fausta y Julio.)*
¡Se van siguiendo sus huellas!
¡todo me causa tormentos,
las gentes, los elementos,
hasta las mismas estrellas
pues una de las más bellas
me temo Dios va á formar
cual lo anunció, por guiar
á la ciega idolatría,
y aun tal vez la primacía
esos dos van á lograr.

VERDAD. Sí, funestísimo Error,
primogénito del diablo,
hoy desde un mísero establo
me hará brillar el Señor;
se cubrirá de pavor
y sobre las mismas ruínas
entre luces peregrinas
mirará la humanidad
ensalzada la Verdad
por las piedades divinas.
Tú enseñaste á los mortales
y ellos tanto han aprendido

que ahora mismo han despedido
al Criador de sus umbrales:
entre viles animales
va en un pesebre á nacer
mas desde allí sabrá hacer
su primera maravilla,
y verás cual se le humilla
la riqueza y el poder.

ERROR. Lucharé.

VERDAD. Vano será.

ERROR. Les diré que es desatino
en un pesebre mezquino
buscar á Dios.

VERDAD. Bien está;
á esos dos infieles ya
la más rica joya mía,
la humildísima María
hacia sí supo atraer;
pronto les hará nacer
de la Fe el hermoso día.

ERROR. El Ibero y todo el mundo,
excepto el pueblo judío,
produce al influjo mío
un río de vicio inmundo,
duerme del error profundo
torpe sueño envilecido,
y apenas allí habrán ido
esos cesaraugustanos
cuando creerán sueños vanos
cuanto aquí haya sucedido.

VERDAD. Te equivocas, no se ajusta
eso á los planes del cielo;
Dios realizará su anhelo
y á los golpes de su fusta
saldrás de César Augusta
mientras el Ebro gozoso
verá el primer templo hermoso
de María al nombre alzado,

en sus linfas retratado
reemplazando al tuyo odioso.

ERROR. Yo empañaré á maravilla
de ese espejo los cristales,
cruel vertiendo á raudales
sangre cristiana en su orilla.

VERDAD. Y de la Fe la semilla
esa sangre ha de regar
para hacerla germinar
con vigor y lozanía,
y en la *Ciudad de María*
ciento por uno ha de dar.

ERROR. Nada es estable en la tierra,
¿y la fe lo será allí?
¡Bah! tú te crees que á mí
la profecía me aterra
y en tu cerebro se aferra
tal idea, eso es soñar:
¿dónde abrigo podrá hallar
la planta para crecer?

VERDAD. Tú mismo lo podrás ver;
á la sombra de un pilar.

ERROR. ¿Un *pilar* será sostén
en que estribe tu edificio
oh Verdad?

VERDAD. Y tu suplicio,
pues te aplastará la sién.
Vente conmigo á Belén,
verás bosquejo divino
de él.

ERROR. ¡Gracioso desatino!
Lo acepto. Humanos, mirad
el Error y la Verdad
marchando por un camino.

(Vánse.)

ESCENA VI

MARCIAL, PAULA, luego MADROÑO y SÉFORA

PAULA. Yo no sé lo que se tiene
ese pícaro ganado
que por más que lo procuras,
no puedes apaciguarlo.

MARCIAL. Tampoco esta calabaza
que para cabeza traigo
entiende qué puede ser
lo que tiene hoy el rebaño.
Encerrarlo no podemos
¡y cuando lo sepa el amo!
Pero qué se le va á hacer;
por hoy dormimos al raso
por no dejarlo del todo.

PAULA. Aquí cerca de este árbol
pondremos así una manta
(Coloca la manta de Marcial entre dos árboles como formando un biombo.)
que de frío nos guarde algo
y en su vela, esposo mío,
nos relevamos á ratos.

MARCIAL. Bien dices. ¡Hola! Madroño
pronto la vuelta se ha dado;
y qué mal vinagre traes.

MADROÑO. ¡Hombre, ya vendré cantando!

SÉFORA. Es que en Belén no se encuentran
ni dos dedos de techado
para la noche pasar.

MADROÑO. Sí, y si marché regañando
aura güelvo tan contento
que al mismo Siñor Otavio
con su cetro y su corona
y con su Imperio Romano

me lo cenaba esta noche
con cebolla.

PAULA. ¡En estofado!

MADROÑO. ¡Justo!

PAULA. ¡No seas tan bruto!

MADROÑO. Esto ya es hereditario;
mi agüelo jué un animal
y mi padre todo un asno
¿y yo hi de degenerar?
Toa mi vida seré un bárbaro.

PAULA. ¿Y habéis de ir á Nazaret
de nuevo? El camino es largo:
quedaos aquí con nosotros.

SÉFORA. ¡Muchas gracias! Sois más francos
que esa gente de Belén;
que en vez de posada, palos
te darán, si te descuidas
un poco en incomodarlos
(Siéntanse en el suelo.)

MADROÑO. Si me pudiera golver
yo chinche. ¡Dios soberano!
ascape agarraba el sueño,
á pesar de estar tan blando
el ladrón del mesonero
que...

SÉFORA. ¡No disparates tanto!

MARCIAL. A mal tiempo buena cara:
cenaremos como hermanos
lo que en mi morral tenemos.

MADROÑO. Y lo que en la alforja traigo.
(Sacan sus provisiones y empiezan á comer.)

MARCIAL. ¿Qué tal el queso?

MADROÑO. Tan güeno.

MARCIAL. Pues el jamón no está malo,
con ser una *porquería*,
pues de *puercos*... está claro.

MADROÑO. ¿Qué está claro? ¿qué, el vinico?

MARCIAL. ¡Ya lo creo, es poco rancio!
MADROÑO. Es verdá.
SÉFORA. Lo que se os pone
oscuro de beber tanto
son los ojos y...
MADROÑO. *(A Marcial.)* No digas.
¿Verdá que los tengo rasos
sin nubes y con las ñiñas
(Por las mujeres.)
más guapas que éstas? Un trago
y nada más.
MARCIAL. Y yo otro.
SÉFORA. *(A Marcial y Paula.)*
¡Vaya! pues ahora contadnos
algo de vuestro país
para entretener el rato.
MARCIAL. Pues mi país... mi país...
es así, un país muy majo,
y allí tienen los pastores
un estilo un poco raro.
Cuando á uno le coge el sueño
se hace la cama en un banco
(Arréglase con su manta y alforjas una especie de cama en el banco rústico)
y diciendo: ¡Buenas noches!
y agarrando por si acaso
le incomodan, una tranca
se tiende á dormir bien largo.
(Coge su cayado y se tiende en el banco).
Con que si queréis hablar
cuidadico sea bajo.
MADROÑO. ¡Vaya! pues aquí, en mi tierra,
somos tan así, tan guapos,
que en viendo güenos ejemplos...
(Se acuesta junto á Marcial y empiezan á roncar estrepitosamente, mientras las mujeres recogen los vasos, bota, etc.)
SÉFORA. *(A Paula.)* ¿Ves? ya están los dos roncando.

PAULA. Hablaremos de mi tierra
pues lo estabas deseando,
¡Ganas me dan de llorar
recordando á mis paisanos
que en su ceguera se entregan
al culto de dioses falsos!
¡Ay! y nosotros también
si no hubiéramos llegado
aquí, hiciéramos lo mismo,
adorar por dios al diablo.
En mi patria, de quien quieres
te hable—tiemblo al recordarlo!—
allí donde el Criador
vertió con liberal mano
más bellezas, más tesoros,
más le ofende el hombre ingrato.
Envían los Pirineos
trocadas en ríos claros
las nieves que los coronan
de jazmín recién cortado;
millares de frescas fuentes
brotan entre el césped blando
y el riego de unos y otros
unido al clima templado
llena de espigas doradas
en el estío los campos
y de deliciosos frutos
adorna también el árbol,
que con sus hojas semejan
entre esmeraldas topacios.
Riquísimos minerales
encierra el monte encumbrado,
dos mares bañan sus costas
y dan á sus naves paso;
el natural de sus hijos
es á la vez noble y franco
y sin embargo el error
tiene allí su trono alzado

y cien ídolos sus templos
en los que á culto nefando
se entrega el hispano pueblo
por el demonio engañado.
(*Marcial y Madroño empiezan á despertar y bostezando y estirando los brazos con ridículas contorsiones.*)

SÉFORA. No creas que aquí también
está ese negocio malo:
hipócritas los de arriba,
ignorantes los de abajo,
y viciosos casi todos
y casi todos malvados,
aguantan con cobardía
el yugo de sus tiranos
y á ellos lo bueno no enseñan
pero les toman lo malo.
Para colmo de desdichas
están todos esperando
al Mesías; pero no
cual lo pintan Libros sacros,
sino uno que á sus antojos
há tiempo han delineado.
Esperan que venga rico,
con imperio soberano,
y que de bienes los llene
pero de bienes menguados.
Creo que si no lo ven
en magníficos palacios,
cual los reyes de la tierra,
con millones de soldados,
en vez de reconocerle
aun querrán apedrearlo.

MADROÑO. Lo que es si yo llego á velo,
como en el Siñor aguardo,
soy capaz por defendelo
d'arrear un garrotazo
aunque sea al mesmo Herodes

que se me ponga á mi paso.

PAULA. ¡Hombre, pues y esos Doctores
y esos Fariseos santos,
que van modestos y graves,
siempre con los ojos bajos
llevando la mente en Dios
y la oración en los labios?

MADROÑO. ¡Já, já, já! ¡Valientes pillos!

SÉFORA. Es virtud de garabato
la que tienen, y á no pocos
simples llevan engañados.

ESCENA VII

Dichos, JULIO, FAUSTA y EZEQUIEL.

EZEQUIEL. Dios os guarde.

MADROÑO Y DEMÁS. ¡Bien venidos!

MADROÑO. ¿Cómo la vuelta habéis dado?

EZEQUIEL. Ni á una puerta hemos llamado
sin ser también despedidos.

JULIO. Es tarde y nos cansaría
volver al alojamiento.

PAULA. Pues aquí tenéis asiento
en donde esperar el día.
Corta cena os ofrecemos
y algún abrigo también,
si no os encontrais bien
de nada más disponemos.

JULIO. Los dioses quieran pagar
tal bondad.

PAULA. ¡Qué acento escucho!
¿Vivís lejos de aquí?

JULIO. Mucho.

PAULA. ¿Diríaisme en qué lugar?
esto si no os disgusta.

JULIO. En Iberia y dó retrata
el Ebro en ondas de plata
la ilustre César-Augusta.

MARCIAL. Dichoso hallazgo, también
en Falduba nací yo.

FAUSTA. ¿Paisano nuestro eres?

JULIO. ¡Oh!
¿cómo vives en Belén?

MARCIAL. Es algo larga esa historia
y os podría cansar.
Pero, ¡calla!... A no dudar,
si no es infiel mi memoria...
Mirando con atención...
(*Mirándole fijamente.*)
¿No eres Julio Curcio?

JULIO. Sí.

MARCIAL. ¿Y cómo os halláis aquí?

FAUSTA. Viajando por diversión.

PAULA. ¡Vaya, pues precisamente
hace un momento decía
la lástima que me hacía
de nuestra tierra la gente.

JULIO. ¡Lástima! ¿por qué?

PAULA. Verás...
te va á saber malo...

JULIO. No.

PAULA. Pues, porque decía yo,
que allá en mi país, jamás
tuvieron la bendición
aunque otras los cielos mandan
de saber por donde se andan
en punto de Religión.

FAUSTA. Corto es, mujer, tu criterio
si no llegas á alcanzar
cuán bien saben adorar
á los dioses del Imperio.
Nosotros mismos tenemos
una posesión hermosa

y allí el templo de una diosa
al volver alzar queremos.
En nuestro viaje al Oriente
una columna admiramos
de mármol, la que encontramos
á nuestro plan conveniente
y gastando un dineral
á Iberia la llevaremos
donde con ella formemos
de la diosa el pedestal.

MARCIAL. ¡Ay! que Dios os ilumine
con igual piedad que á mí,
ya que yo le conocí
tan pronto como aquí vine.

JULIO. ¿Es posible? ¿Fuiste infiel
á los dioses, y te hiciste
secuaz apenas viniste
de los cultos de Israel?

MARCIAL. Sí, si bien tuve primero
la gran dicha de encontrar
en Nazaret y tratar
á un humilde carpintero...

FAUSTA. Un carpintero... Casado
con una joven tan bella...

MARCIAL. Como el sol.

JULIO. ¿María?

MARCIAL. ¡Ella!

FAUSTA. La misma que hemos hallado.

MARCIAL. De mí se compadecieron,
mejor dicho, de los dos (*Por Paula.*)
y conocer á su Dios
en buen hora nos hicieron.

JULIO. ¡Oh! si del Dios de Israel
ella es la sacerdotisa,
si lleva la feliz brisa
sus plegarias ante él;
será más grande y brillante
con mejores cualidades

que el de todas las deidades
padre, Júpiter Tonante.

ESCENA VIII

Dichos y un ANGEL

ANGEL (*A Julio.*) ¡Calle tu lengua impía!
no nombres hoy aquí esa tropa impura
(*Caen todos de rodillas.*)
Dios ha elegido á la sin par María
no ya sacerdotisa santa y pura,
sino aunque no le cuadre
á su humildad, para su propia Madre.
A santas profecías
da exacto cumplimiento el almo cielo,
y cual rocío llueve hoy al Mesías
ó como pura flor le brota el suelo,
puesto que su grandeza
se ingiere en vuestra vil naturaleza.
De aqueste Rey excelso
es palacio un establo de animales,
en un pesebre yace el Dios inmenso,
velado en mortal cuerpo, entre pañales,
su madre es la más bella
de todas las mujeres, y doncella.
Id, hebreos sencillos,
id á Belén con vuestros pobres dones
y los suaves y dulces caramillos
celebren de su amor las expansiones
y aduerman con cariño
á quien por agrandaros se hizo niño.
Y nosotros sin celos
cantaremos en cítaras de oro:
¡Gloria á Dios en la altura de los cielos!

y á la par en la tierra por tesoro
prometa su bondad
paz al hombre de buena voluntad!
(Desaparece el ángel, óyese una suave armonía.)

ESCENA IX

Dichos menos el ANGEL

FAUSTA. ¡Oh! de la noche
quizá el bordado
velo, rasgado
en un girón,
ha permitido
que descendiera
de la alta esfera
suave visión?
¿O fué delirio
de nuestra mente,
sueño esplendente
breve y fugaz,
en el que oímos
dulce armonía
que prometia
ventura y paz?

SÉFORA. Nuestra creencia
nos asegura;
la visión pura
fué un Serafín;
como luceros
eran sus ojos,
sus labios rojos,
su tez jazmín.
De resplandores
la sien cercada
y coronada

de rizos mil,
sobre su frente
casaba el viento
cada momento
oro y marfil.
Nos ha anunciado
—¡raro portento!—
el nacimiento
de Jehovah,
y el que es eterno
recién nacido,
carne ha vestido...
mortal es ya.

EZEQUIEL. El que en el ángel
encuentra tilde
en cuna humilde
quiere nacer;
mas su grandeza
mejor aún sella:
Madre doncella
puede escoger.

JULIO. ¡Oh, sí! por eso
brillo esplendente
allá en su frente
vi yo lucir:
vamos, el pecho
de gozo lleno,
su casto seno
á bendecir.

MADROÑO. Sí, vamos, vamos,
pero no solos;
no seáis bolos,
ó por quien soy,
si no llevamos
güenos regalos
á puros palos
os majo hoy,
(A Marcial.) Yo por de pronto

mercarte quiero
blanco cordero
y algún panal.

MARCIAL. Yo se los diera
por propio empeño,
mas no soy dueño... *(Triste.)*

PAULA. ¡Pobre Marcial!

JULIO. Podéis llevarlo
tú y tu consorte,
pues yo el importe
satisfaré
y de mi parte
contigo, esposa, *(A Fausta.)*
aún mejor cosa
le ofreceré.

MARCIAL. Mil gracias. Vamos
por ese atajo,
que mi trabajo
ha de alcanzar
entre esas breñas
para el chiquito,
un pajarito
poder cazar.

ESCENA X

Dichos y el ERROR (oculto en un tronco)

ERROR. Necios, parad el paso apresurado
no creáis á la loca fantasía
que cuadro encantador os ha pintado
y os vende la noche claro día.

SÉFORA. ¡Uf qué miedo! ¡el suceso es horroroso!

FAUSTA. ¿Qué se nos dice con acento bronco?

JULÍO. ¿Es quizá algún oráculo famoso
que nos quiere instruir desde ese tronco?

ERROR. ¡Cierto! Con aparentes realidades
os ha el maligno espíritu engañado:

ese hombre que buscáis, por sus maldades,
en una infame cruz será clavado.
Aquel Señor que forma la tormenta
y vuela en los terribles aquilones,
¿cómo podría ser el que hoy ostenta
la humildad y pobreza por blasones?
¿Cómo mezclar lo humano y lo divino?

FAUSTA. Tal vez tiene razón.

JULIO. Casi le creo.

MADROÑO. Yo que por savia tiene el tronco indino,
espíritu de maldito fariseo.

ERROR. Pensad bien lo que he dicho.

MADROÑO. Sí, ¡narices!
Con las patas lo vamos á pensar.
(Al tronco.) ¡Adiós, quiusté las tenga mu felices!
(A los demás.) Hala, sino no vamos á llegar.

ERROR. ¡Oh! su indocilidad y desatino
de mí no merecían tal piedad;
mas la usaré con todo. ¡En su camino,
deténgalos horrible tempestad!
(Empieza á tronar y llover.)

SÉFORA. ¡Ay, qué truenos!

MADROÑO. Aquesto es un respingo
que el huéspede del árbol nos envía;
(Al árbol) Pero, siñor, pedrica usted en gringo,
y sólo entiendo yo la lengua mia.

PAULA. ¿Podremos con tal agua llegar?

MADROÑO. Justo,
aunque sea embarcaus en mi sombrero
(Al árbol.) Si pensó fastidianos, nos da gusto.
(Echando al aire el sombrero.)
¡Viva el Niño Jesús! ¡Olé, salero!

MARCIAL. *(Al árbol saludando.)*
Señor, gracias le damos: es muy fino
pues con este aguacero remonono
nos ha quitado el polvo del camino
y así su mala idea le perdono.

SÉFORA. Horrible oscuridad, Dios soberano:

casi no puedo andar

MADROÑO. *(Corriendo.)* Mal lo dices.

PAULA. Si no se ven los dedos de la mano

MADROÑO. *(Cae.)* ¡A poco más, me quedo sin narices!

(Vánse todos menos el Error, Julio y Fausta.)

ESCENA XII

EI ERROR, JULIO, FAUSTA

JULIO. ¡Lo sobrenatural me sobrecoge!

FAUSTA. A mí el horror me impide hasta el aliento
¿Quién hace así que fuego y agua arroje
cual torrente y volcán el firmamento?

JULIO. Potente debe ser el que ahí habita.

ERROR. Sí, potente, mis hechos lo declaran;
mas no temáis, que protección bendita
los dioses bondadosos os deparan,

ESCENA XIII

Dichos y la VERDAD

VERDAD. ¡Basta! torpe y vil Error
no engañes más á estos seres
(Golpea el árbol.)
y muéstrate tal cual eres
arrojando el antifaz.
(Sale el Error del tronco.)
(Admiración en Fausta y Julio.)
A mis fulgores benditos
recobre el ambiente calma
(A Julio y Fausta.)
y retorne á vuestra alma
el bienestar y la paz. *(Cesa la tormenta.)*
¿No te digo, Error funesto, *(Al Error.)*

que eran fútiles y vanos
tus empeños sobrehumanos,
tus esfuerzos de Titán?
Ante la Verdad sublime
¿qué son todos tus manejos,
si sólo con mis reflejos
confundo tu necio afán?

JULIO. Sí, que al mismo sol eclipsan
los destellos de tus ojos
y adorándote de hinojos (*Lo hacen.*)
caemos ante tus pies:
esa luz pura y brillante
nos dice con lengua muda,
sin dar lugar á la duda:
«¡La que veis la Verdad es!»

VERDAD. ¡Vencí!

ERROR. Mas no avergonzado
en los abismos me hundo,
que es corto y estrecho el mundo
á mi conquista fatal.
Pasearé por sus ámbitos
el crespón de mis banderas,
nube de aves agoreras,
alas del genio del mal.

VERDAD. ¿Sería el sol tan brillante
si no tuviera á su paso
desde el oriente al ocaso
negras sombras que arrollar?
Nunca brilla tan fulgente
cual tras noche tormentosa,
tras tí el Universo, hermosa,
también me verá brillar.

ERROR. Siempre el Error en la tierra
sobre los pobres mortales;
como paños funerales,
extenderá su capuz.

VERDAD. Será sólo sobre aquellos
que con funestos enojos,

cierren, menguados, los ojos
á mi soberana luz. (*Váse el Error.*)

ESCENA XIV

Dichos menos el ERROR

FAUSTA. Señora, necios y vanos
oyendo su voz maldita (*Por el Error.*)
hacia la cueva bendita,
hacia el portal de Belén,
no marchamos con los otros
y ahora la senda ignoramos;
más firmemente esperamos
que nos la muestres también.

VERDAD. A adorar, vendrán gozosos
tres Reyes de Arabia bella,
guiados por una estrella,
al que acaba de nacer:
vosotros al precederles,
reales aposentadores
seréis de ellos, mis fulgores
vuestra estrella van á ser.

FAUSTA. Vayamos, pues, Señora,
siguiendo tu luz pura;
mas antes con ternura
y acentos de dolor,
pidamos, de extravíos
y de miserias tantas,
perdón á vuestras plantas
piadosas ¡oh Señor!
(*Caen de rodillas uno á cada lado de la Verdad y ésta les cobija con su manto. Cuadro.*)

TELÓN

NOTA —Siempre que salga la Verdad como también el Angel, deberá acompañárseles con luz de bengala.

ACTO SEGUNDO

Otro trozo del camino de Belén

ESCENA PRIMERA

El ERROR, MADROÑO, PAULA, MARCIAL, SÉFORA y EZEQUIEL

ERROR. ¿Adónde, pastores, váis?
MADROÑO. ¡Ay qué espantajo más feo
y más largo, casi, casi
tiene medio kilometro.
EZEQUIEL. Vaya, señor, ya podía
dulcificar el acento!
ERROR. No temáis nada, que voy
á daros un buen consejo.
PAULA. ¡Ya, lo que es capaz de dar
es un susto al mismo miedo,
y nosotros esta noche
no ganamos para ellos.
MADROÑO. En cuantico qu' aquel Angel
nos avisó del suceso,
no paice sino que el diablo
se empeñó en danos tormento.

Los troncos como cotorras
pedrican que es un contento,
el agua cai á brazaos,
el cielo se pone negro,
¡bum, burrumbum, burrumbum!
¡qué relámpagos, qué truenos!
y aún no pasan dos menutos
que se queda todo quieto.
Van saliendo las estrellas,
salen tamién los luceros,
y sale por fin la luna,
una luna... como un queso
de bola.

ERROR. Y ahora el sol,
el sol de la Verdad bello
con sus fulgores benditos
os va á salir.

EZEQUIEL. Lo sabemos;
en el portal de Belén
está, déjenos ir luego.

ERROR. El sol soy yo.

SÉFORA. ¡Vaya, vaya,
qué no somos tan camuesos
y aunque allá vamos, la torta
de Belén no nos comemos.

PAULA. Sabes, será algún sol viudo.

MARCIAL. Va de luto por su abuelo.

MADROÑO. (*A Marcial.*)
Amos á torialo, chiquio,
y sino que no use cuernos.

MARCIAL. Bien. Tu serás primer espada.

MADROÑO. Y yo banderillero.
(*Haciendo ademán de clavarle unas banderillas.*)
¡Eh!

ERROR. ¡Me las vais á pagar!
(*Derriba el Error á Madroño.*)

MADROÑO. ¡Ay, Séfora, yo soy muerto;

m'ha roto veinte costillas,
trece pulmones y medio,
quince varas de entistinos
y cuatro pares de sesos.
El corazón que quería
dáselo al Cheguito entero
se m'ha vuelto pepitoria,
esto es lo que yo más siento.
(*Todos se habrán arremolinado junto á Madroño, intentando en vano hacerle levantar.*)

SÉFORA. ¿Y la cabeza?

MADROÑO. No sé,
pero me paice que llevo
una raja aquí.

SÉFORA. Justito.
(*Séfora le reconoce la herida y empiezan á salir muchas pepitas.*)

MADROÑO. ¿Qué es esto que sale?

EZEQUIEL. Sesos
serán.

MADROÑO. No, que son pepitas
de melón (*al Error*). El gran jumento!...
Vaya unas bromas graciosas.

SÉFORA. (*Al Error.*) ¡Animal!

PAULA. Id. ¡Bruto!

MARCIAL. Id. ¡Zopenco!
(*El Error derriba á Marcial que también pugna en vano por levantarse.*)

ERROR. Vamos, que vais á llegar
al Portal... un día de estos.

MARCIAL. Llegaremos y tres más,
porque yo soy de mi pueblo
y cuando allí se nos mete
una cosa en el *testero!*
¡poquito tozudos somos!
No nos convence el lucero
del alba!

ERROR. (*Guasa.*) Levántate
pues.
PAULA. Marcial, haz un esfuerzo,
y tu Madroño, que en cuando
veas al Niño, estás bueno.

ESCENA II

Dichos, y la VERDAD, JULIO y FAUSTA

VERDAD. Y antes también.
JULIO. ¡Hola, amigos!
¿qué ha sucedido, que es esto?
(*La Verdad da la mano á Marcial y Madroño que se levantan sin esfuerzo.*)
MADROÑO. Nada; gajes del oficio,
¡nos metimos á toreros!...
PAULA. (*Por la Verdad.*) ¿Pero no veis que Señora
tan bella?
MADROÑO. Pues ya lo creo;
y debe de ser médica
porque á mi m'ha puesto güeno
sólo con darme la mano.
(*A la Verdad.*) Pa que esté todo completo,
recétele si le paice
una purga á ese adefesío
que lo envie á plantar malvas
con el cogote y los cuernos.
VERDAD. (*Al Error.*) ¡Desdichado! ¿á qué oponerte
á los planes del Eterno?
ERROR. (*A la Verdad.*) Te lo dije y lo repito;
mientras que en el Universo
haya mentes que discurran,
á la par de tus destellos
mis negras sombras irán
trastornando los cerebros,
fingiendo lo negro, blanco,

pintando lo blanco negro.
Brillarás algunos siglos,
es verdad, más no te temo;
que aunque los ídolos caigan
de sus altares soberbios,
poco á poco iré tus luces
en el hombre oscureciendo,
siendo sus propias pasiones,
sus conquistas, sus inventos
mismos, auxiliares míos
para llevarle al averno.
La ambición, la vanagloria,
la envidia... escuadrón inmenso
de vicios innumerables
incansables, fuertes, fieros
le batirán siempre en brecha
sin permitirle sosiego.
El descubrirá la imprenta,
y aun otros mil inventos,
la electricidad, la brújula,
el vapor... un mundo nuevo...
y bien, más cómodamente
desde la ciudad al pueblo
pasará la corrupción,
y se aumentarán los medios
de tener nuevos placeres,
nuevo lujo, y los impresos
corriendo por todas partes,
ora en estilo grosero,
ya ricamente vestidos
con las galas del ingenio,
pondrán periódico impío
en las manos del obrero,
en las del simple creyente
heréticos argumentos,
en las de la juventud
novelas, leyendas, versos,
en que la inmoralidad

oculte puñal artero,
y, para acabar, en todo
mi mortífero veneno.
En fin el hombre extasiado
ante sus descubrimientos,
idolatrará en sí mismo
y á la palabra *progreso*
querrá desterrar á Dios
y, por mi falsa luz ciego,
subirá y se elevará
hasta tocar en el cielo
para *descender* tan hondo
que defienda con empeño
¡su descendencia del mono!...

JULIO. ¡Nobilísimo abolengo!

VERDAD. Yo también me serviré
de todos esos inventos
para salvar á las almas
é iluminar á los pueblos.
Al mundo daré la vuelta
en forma de misionero,
y en el fondo de sus bosques
buscaré al salvaje fiero,
buscaré al árabe altivo
en sus ardientes desiertos,
al japonés en sus lagos,
al lapón entre sus hielos,
pagodas, mezquitas, ídolos
haré rodar con estrépito,
y, en fin, ese *nuevo mundo*
conquistaré para el cielo.
Serán paladines míos,
no pocos sublimes genios
que la humildad y grandeza
en su alma creyente uniendo
cuanto más sepan y entiendan
se tendrán por más pequeños;
á Dios la gloria de todo

sabrán dar y á tí despecho,
y otros mojando sus plumas
en la Sangre del Cordero
desbaratarán tus planes
y desharán tus enredos.
Tú, sí, me seguirás siempre
mas como la sombra al cuerpo
pues fuerza es que seas sombra
vistiendo lutos eternos.

ERROR. Bien, pues; hoy te seguiré;
nuestras fuerzas mediremos
y... ya veremos quien vence.

PAULA. ¡Qué gracioso compañero
de viaje!

MADROÑO. Ya verás tú
como mis ofensas vengo.
Cuando al barranco que sabes
á nuestra vuelta lleguemos
lo agarro de una patica...
(*Hace ademán de cogerle y tirarle.*)
Y si te ví no me acuerdo.

VERDAD. Antes lo arrojaré yo
mucho más hondo que eso.

SÉFORA. ¿Adónde?

MARCIAL. Allá á las calderas
del señor Pedro Botero.
¿No es verdad? (*A la Verdad.*)

VERDAD. Sí.

PAULA Y EZEQUIEL. ¡Pobrecito!

ERROR. ¡Lo veremos!.

VERDAD. ¡Lo veremos!
(*Váse el Error.*)

ESCENA III

Dichos (menos el ERROR) MARÍA SALOMÉ con un niño en brazos

SALOMÉ. ¿Dónde vais, buenos pastores,
me lo querríais decir?

Acabo de percibir
músicas y resplandores
cual no oí ni vi lucir.

EZEQUIEL. Y esas luces y armonías
¿no entiendes qué significan?

SALOMÉ. Yo nó.

SÉFORA. Inmensas alegrías,
pues al mundo notifican
la venida del Mesías.

SALOMÉ. ¡Tanta dicha en Israel!
¿no serán nuevas fingidas?

EZEQUIEL. Dios, á su palabra fiel,
le envía, ya son cumplidas
las semanas de Daniel.

SALOMÉ. Es cierto; goza de paz
el mundo, y el de Idumea
tiene el cetro de Judea;
son las señales: ¡su faz
pronto el Universo vea!
¡Oh dicha! Yo ya sabía
que del tronco de Jesué
hermosa flor nacería...
mas ¿quién la elegida fué?

EZEQUIEL. Tu misma prima María.

SALOMÉ. ¿Ella? Sí, su santidad
alcanza tales alturas...
se pierde en la inmensidad
y es la más digna, en verdad,
de todas las criaturas.

PAULA. Ven á darle el parabién.

SALOMÉ. ¿Sin dones?

SÉFORA. Ese prolijo
afán deja.

SALOMÉ. Está muy bien;
tengo un regalo también:
les ofreceré mi hijo.

(*Vuelven á ponerse todos en marcha. Mutación.*)

Afueras de Belén. El portal y en él la Sagrada Familia. Dos ángeles arrodillados á la entrada de la cueva.

ESCENA IV

SAN JOSÉ y la VIRGEN (con el Niño en los brazos) los dos de rodillas.

MARÍA. (*Al Niño.*) Permíteme, Dios potente,
que ya el silencio interrumpa
y que en loores prorrumpa
de tu amor inmenso, ardiente.
Si otro que tú lo dijera
¿quién había de creer
que se te había de ver
nacido y de esta manera? (*Pausa.*)
Lo incomprensible me oprime,
lo inefable me rodea,
lo infinito... juguetea
ó al rigor del frío gime. (*Pausa.*)
Y si miro al porvenir,
cuando tu lengua me llame
¡madre! y caricias reclame
entre dulce sonreír;
cuando, caudalosos ríos
de miel con suaves resabios,
nazcan besos en tus labios
para morir en los míos;
dime ¿cómo he de poder
soportar el peso inmenso
de ese gozo tan intenso
sin morir ó enloquecer? (*Pausa.*)
Tú tomas, Rey de la Gloria,
ojos—¡qué el mundo se asombre!—
para tornarlos al hombre
llenos de misericordia;
¡y esos ojos bienhadados

en que ríe la inocencia,
registran de la conciencia
los repliegues intrincados!
Tomas—¡oh, qué dignación!—
también, ebúrneas manos
que tender á los humanos
brindándoles el perdón:—
y esa mano que semeja
ramillete de jazmines
cogidos en los jardines
que tu amor desiertos deja;
sin que nadie se lo estorbe,
como juguete infantil,
maneja y da vueltas mil
á la redondez del Orbe;
tiene la rienda altanera
del esplendoroso sol
y de zafir y arrebol
pinta y retoca la esfera;
de luz viste al día hermoso
envuelve en gasas la noche
y abre de la flor el broche
que exhala aroma precioso.
De esa mano diminuta
un dedo—¡arcano profundo!—
sus destinos traza al mundo
y á los planetas su ruta;
la que es para el hombre incierta
hora de la muerte, marca,
y le abre tras de la parca,
de la eternidad la puerta.....
Y, Señor, por conclusión
¿qué te podré yo decir,
si estoy sintiendo latir
tu adorable Corazón?
Corazón santo, volcán
de caridad inflamada,
si ver la tierra abrasada

en ese incendio es tu afán,
salga en dulces expansiones
ese fuego que represas
y haz un monte de pavesas
de todos los corazones;
fúndelos con ese ardor
cual océano de cera
y la humanidad entera
sea una hoguera de amor.
Amor, amor abrasado:
puedo hablar sino de tí,
si te estoy mirando aquí,
en mis brazos, encarnado?
(*Pausa, transición.*)
Mas ¡ay Dios! recuerdo horrible
ese cuerpo lo has tomado
para ser por el pecado
una víctima apacible.
La frente que de hebras finas
en rizos, veo cercada,
veré un día traspasada
de punzadoras espinas,
tus rodillas virginales
horriblemente llagadas,
tus espaldas lastimadas
y llenas de cardenales;
esos pies que han de correr
en pos de los pecadores,
las manos que los favores
á mares han de verter,
manos y pies que venero
como miembros de un Dios santo...
los vere en duro quebranto
clavados en un madero:
en fin tu pecho rasgado
mostrando en su herida abierta,
al hombre franca la puerta
de tu Corazón sagrado. (*Pausa.*)

Venid antes que el Calvario
reemplace al Portal risueño,
á la cuna el duro leño,
y á los paños un sudario:
venid, hombres, de ésta luz
gozad, pues os sale al paso
antes que llegue á su ocaso
y se oscurezca en la Cruz. (*Pausa.*)
Suple ¡oh José! mi ruindad (*A San José.*)
y acaricia al Dios Infante
mientras se acerca el instante
de que tal felicidad,
compartan unos pastores
que con dos pobres paganos
van á ser los cortesanos
de este suave Rey de amores.

SAN JOSÉ. ¿Yo recibirte en mis brazos?
yo con dulces embelesos
darte dulcísimos besos
y repetidos abrazos?
Si la corte celestial
admira con estupor
que no hayas tenido horror
de ese seno virginal,
siendo así que á esta azucena
nunca la culpa manchó
y el arcangel la llamó
con verdad, de gracia llena,
¿qué hará al verte reclinado
en un hijo de maldad
nacido en la iniquidad,
concebido en el pecado?
Estas manos que la sierra
sólo saben manejar
¿cómo os han de acariciar,
Señor de cielos y tierra?

MARÍA. José, depon el temor
que en tu pecho crecer sientes;

Él quiere que le alimentes
con tu trabajo y sudor;
mira con rostro propicio
tu corazón casto y fiel
y quiere hacerte de Él
ayo y aun Padre nutricio.

SAN JOSÉ. (*Toma al Niño.*)
Te obedezco, Esposa mía.
Mas, Señor, hablar no sé,
con mi silencio os diré
cuanto os ha dicho María.
(*Permanecen callados algunos instantes durante los cuales debe oirse alguna melodía, dentro y muy piano.*)

LA VIRGEN. Trigo de los escogidos
para ser nuestro Pan bajas;
no extrañe nadie, entre pajas
ver tu cuerpo bendecido.
(*Coloca al Niño en el pesebre.*)
(*Luego vienen los pastores cantando un villancico que deberán terminar al llegar á la cueva: ésta debe colocarse á la derecha, dejando libre el centro del escenario.*)

ESCENA V

LA VIRGEN, SAN JOSÉ, JULIO, FAUSTA, PAULA, MARCIAL, MADROÑO, SÉFORA, EZEQUIEL y la VERDAD.

VERDAD. Señora, Madre de amor, (*A la Virgen.*)
á tus plantas soberanas
guiadas por mi fulgor
vienen gozosas y ufanas
las primicias del Señor.
Él de su pueblo eligió (*Por los pastores.*)
gentes pobres y sencillas,

bien que también alumbró
con iguales maravillas (*Por los paganos.*)
á dos ciegos que aquí halló.
Tened, pues, la dignación
de presentar el Dios Niño
á su amor y adoración
y recibid con cariño
de cada uno el pobre don.

SÉFORA. (*Se arrodilla.*)
Rey del cielo, confusos y postrados,
ante el humilde trono que elegiste.
Hombre ya te miramos extasiados
y aun de la oscura noche el manto triste
de vislumbres de gloria se reviste.
Aquel que los Profetas entrevieron,
Aquel que los Patriarcas desearon,
Aquel de quien figura y sombra fueron
y de David los cantos celebraron,
en un establo vil los cielos vieron
¿y de asombro en pedazos no cayeron?
Aquel nosotros vemos tierno Infante,
siendo Juez de los vivos y los muertos,
y en vez del rayo ardiente, fulgurante,
se escapan de sus ojos entreabiertos
las chispas del incendio devorante
con que arde allí su corazón amante.
¡Ay Señor, dulce amor! yo bien quisiera
que las hojas que forman como el traje
y el verde manto de la Primavera
cubriendo el bosque umbrío de follaje
en corazones convertidos viera
que á tus excelsas plantas ofreciera.
Quisiera, para hacerte nuevos dones,
que cuantas gotas de agua el mar encierra
se trocasen también en corazones,
y hasta el menudo polvo de la tierra
añadiendo millones á millones.
Mas uno solo tengo, ruín y frío

y éste si te lo entrego todo entero,
para que sea tuyo y no más mío;
pues desde que te vi, Niño hechicero,
con esperanza firme y fiel confío
que querrás aceptarlo dulce y pío.

MADROÑO. (*Postrado de rodillas.*)
Pues que nada á tu grandeza
se escapa, Rey celestial,
tú ya sabes con certeza
que yo soy un animal
de los pies á la cabeza.
Mi madre, con voz muy alta,
me lo icía siendo chico:
«Hijo mío, ¡qué poquico,
qué repoquico te falta
para ser todo un borrico!»
Y agora ya asegurada
si llegara á revivir,
me podría bien decir.....
que no me faltaba nada.
Así, Señor, yo lo siento
venir aquí, que sois Dios,
mas si tenéis un jumento
que os calienta con su aliento.....
¡mejor estaréis con dos!
Y os puedo asegurar
que si el sueño no os viene,
si os escucho llorar
y un concierto os entretiene
¡soy capaz de rebuznar!
Este cordero tan majo (*Presentándolo.*)
os doy, que aunque s'hace el meco
con el cuellecico bajo,
os digo que está más hueco
que un capazo boca abajo.
Y es que ha llegau á entender
que os vais á paicer los dos;
él os va á pertenecer

con lo que vendréis á ser
ambos *corderos de Dios.*

PAULA. Al venir á adorarte (*Postrada.*)
Niño divino,
al mirar tu semblante
tan peregrino
con ansia loca
más bien besos que frases
siento en mi boca.
El sol que por cabellos
tiene brillante
hebras de oro, ensartadas
de mil diamantes
es de seguro
si se pone á tu lado
feo y oscuro.
Las abejas que vuelan
buscando mieles
tomarán tus labios
por dos claveles,
las mariposas
tus graciosas mejillas
por frescas rosas.
¿Y los cielos te miran
sobre granzones
sin traerse al momento
para colchones,
suaves jazmines
ó desplumar sus alas
los serafines?
Más ya, con lengua muda
predicar sabes
que si nidos calientes
tienen las aves
y las raposas
sus cuevas y guaridas,
también, dichosas,
humildad y pobreza

son tus blasones
porque el hombre deponga
sus ambiciones,
y tu grandeza
dó reclinar no tiene
ni la cabeza.
Ahora Señor, que aceptes,
mi amor espera,
este panal compuesto
de miel y cera
pues que se avienen
y á tí como Dios Hombre
las dos convienen.

MARCIAL. (*Arrodillado.*) En la ciencia de charlar
son sin duda las mujeres
según lo que van echando
del todo sobresalientes.
Mas, Señor, tú ya lo sabes,
que aunque la lengua se enrede,
aquí dentro el corazón
me da unos golpes tan fuertes,
como los doy á mi puerta
cuando estoy al raso, y llueve,
y esa Paula que me diste
en lugar de abrirme, duerme.
Tú que lo haces sobre pajas
dame á entender, si conviene,
si es que has venido á segar
y ensayarte á dormir quieres
sobre la parva, pues creo
que si con ese fin vienes,
hacer acopio de cardos
y de ortigas, muy bien puedes.
No da esta tierra otra cosa,
ni otra cosa de ella esperes
á no ser que de los cielos
hayas traído otras simientes,
que siembres en nuestras almas

y con tus socorros riegues.
Pero creo que no es eso,
resaladísimo Nene:
Hay borricada más grande
que olvidarte y ofenderte?
Pues como quiera que el hombre
á tanto siempre se atreve
haciéndose David dice
como jumento incipiente,
y tu Jesusico mío
bajas del cielo por verle;
se va todo derechito
ese tu amor impaciente,
y como es el hombre... burro,
le buscas... en el pesebre!
Tú te has echado esta cuenta
como el gusto del deleite
le lleva siempre tras sí,
cuando al pesebre se acerque
encontrará, en vez de paja,
un *trigo*... del rechupete.
¡Quien te tuviera hecho *pan!*
¡ay, yo querría comerte,
pero, Niño, no enredemos
que es á besos ¿me comprendes?
Perdona mis necedades
y aquí tienes mis presentes:
un cordero no esquilado,
con cuya lana bien puede
tu Madre hacerte un gorrito
para cuando llueva ó nieve.
Este pajarín también
te traigo, si te divierte,
¡bendito sea el trabajo
que me ha costado el cogerle!

EZEQUIEL. (*A María y José.*)
Como que somos paisanos
bien sabéis cuán pobre soy

pero me entrego desde hoy
por esclavo en vuestras manos,
y á falta de dones ricos
que poderos ofrecer
os ofrezco... á mi mujer
y además mis cinco chicos;
que encarecer no sabré
como seremos honrados
si nos quieren por criados
Jesús, María y José.

LA VIRGEN. En nombre de mi Jesús
vuestros obsequios acepto
que aunque en sí sean humildes
vuestro amor les da gran precio.
¡Ay! sin amor ¿qué serían
los serafines más bellos?
Como Luzbel se trocaran
en carbones del averno.
Sin amor lo fuera el mundo
y los cielos de los cielos,
y yo también, sin embargo
de que Él se encarnó en mi seno.
Que si un establo ha elegido
y en un pesebre le acuesto,
jamás se reclinaría
en un corazón de hielo...
Pero por qué no se acercan
esos pobres extranjeros.
y esa joven? (*Se acerca Salomé.*)
(*A ella.*) Si es mi prima ¡María!

SALOMÉ. (*Arrodillada.*) ¡Señora! el contento
de ver que Dios te ha elegido
con soberano consejo
por su Madre y Reina nuestra
mi razón deja en suspenso.
Honor inmenso recibes
mas ¿quién pudo merecerlo
cual tú, si no son tan puros

de la nieve el ventisquero,
ni la aromosa azucena,
ni los ángeles del cielo?
Si hay en tu alma más virtudes
que riquezas en el templo
¿es extraño que morada
hiciera en tí el Dios excelso?
Ester, Débora, Judit,
Betsabé, fueron bosquejos
de tus virtudes y glorias,
como igualmente lo fueron
de Salomón la litera,
el trono y el rico lecho,
y la torre de David,
la sellada fuente, el huerto
cerrado y lleno de aromas
y el Arca del Testamento.

LA VIRGEN. Dale á Dios gloria de todo,
mirándole Niño tierno,
tiritando por traer
de amor al mundo el incendio.

SALOMÉ. Pues me invitas, dulce prima,
con gran placer obedezco.
(*Al Niño.*) Niño hermoso y peregrino,
Niño tierno,
si capullo tan divino
da el invierno
del linaje miserable, corrompido,
si una flor tan hermosa ha producido
¿tendrá celos
de la eterna primavera de los cielos?
Esperanza de las gentes, luz sin sombra
si los astros refulgentes son tu alfombra,
y deseas solamente para dones
encendidos y abrasados corazones,
no me aflijo
pues te entrego con el mío, á mi hijo.
(*Arrodillándose Julio y Fausta.*)

JULIO. Señora, si es osadía,
nos la da vuestra ternura
diciéndonos con dulzura:
¡Id á Jesús por María!
Y á fe que sois un camino
tan seguro y tan hermoso
que por vos llega dichoso
lo humano hasta lo divino;
pues con dicha bendecida
por ti á Jesús conocemos
á este Niño en quien tenemos
camino, verdad y vida.
Hoy por la primera vez
nuestra mente tenebrosa
miró en luz esplendorosa
cambiada su lobreguez.
y trocados nuestros planes
he aquí el que hemos formado
que si es de vos aceptado
colmará nuestros afanes.
Allá, en nuestra patria amada,
junto á un río caudaloso,
del murmullo cadencioso
de sus ondas arrullada,
se abre nuestra habitación
con un prado por alfombra
y cien álamos por sombra
formándole pabellón.
No se oye en el sitio umbrío
otra voz ni otro lamento
que en los árboles el viento
ó entre sus diques el río,
y tiene tal majestad
su solitaria hermosura,
que hace tranquila amargura
de la más dura ansiedad.
Allí pensamos alzar,
antes de esta hora dichosa,

para una fingida diosa
un templo y un bello altar,
y una columna labrada
de jaspe rico y precioso,
por pedestal orgulloso
donde fuese colocada.
¡Oh, si tu bondad quisiera
ir allí entre serafines,
para ser de esos jardines
una eterna primavera!
¡Si allá sentases la fé
y los cesaraugustanos
bendecidos por tus manos
pudiesen besar tu pie!
Tú fundirías el hielo
de esos duros corazones,
siendo en tanto entre crespones
la estrella de nuestro cielo.

FAUSTA. ¡Oh, si del sol de Justicia
eres tú la bella Aurora,
despunta allí bienhechora,
ilumina y acaricia
con tu celeste fulgor,
á quien, por infeliz suerte,
en las sombras de la muerte
tiene sentado el error.
Sólo á ese pueblo infeliz,
tenaz, tu excelsa grandeza,
y suavidad con certeza
hará inclinar la cerviz.
Haz, pues, Jesús que le cuadre (*Al Niño.*)
por trono nuestro *pilar*
desde dó puedas reinar
en los brazos de tu Madre.
Haz, bello y divino Niño
que esa columna aceptada
por esta Reina sagrada
sea al punto con cariño

y aunque el error como un mar
se desborde en furia loca,
sus olas en esa roca
se irán todas á estrellar.
Ella será digno emblema
de la fe, en quien la firmeza
tiene por naturaleza
y el *¡jamás atrás!* por lema.
(*Vánse los ángeles y vuelven con un pilar que colocan en el centro del escenario; cerca deberá simularse alguna roca para que pueda subir al pilar la niña que desempeñe el papel de Virgen.*)

LA VIRGEN. Grato es el don que ofrecéis
y en los eternos decretos,
con letras de oro escribió
de Dios el sagrado dedo
que fuese la herencia mía
ese vuestro noble pueblo,
y desde un pilar reinaré
yo, cual él desde un madero.
Os esplicaré estas dichas
dentro de breves momentos;
por de pronto á vuestro Apóstol
(*Por el hijo de Salomé.*)
en este niño os muestro;
porque mi Hijo no podrá
recorrer el Universo
y enviará á sus discípulos
á predicar su Evangelio
y á padecer el martirio
en donde brille su celo.

SALOMÉ. ¿Mi hijo...?

LA VIRGEN. Tu hijo Jacobo.

SALOMÉ. Gracias, Dios mío.

MARCIAL. Me alegro, (*Acariciándole.*)
pues creo que el *Santiaguico*
va á ser todo un caballero.

Pero si has de dar tu vida
(*Al niño Jacobo.*)
por Jesús, ya te lo advierto,
tendrás que venirte aquí
y tres más, porque en mi pueblo
no pagamos los favores
con esos modos tan feos.

La Virgen. Tienes razón; será aquí
dó ponga á su amor el sello.
Más escuchad los favores
que amorosa os ofrezco.
El pueblo hispano es el dote
que me dá la Providencia (*Cerca del pilar.*)
y un día al fin de esa herencia
iré á tomar posesión,
y al hallarla entre esplendores
le daré con mi persona
á su brillante corona
el más preciado florón.
Antes de que deje el suelo,
del Ebro la linfa pura
retratará mi hermosura
y le irá á contar al mar,
que de Dios la misma Madre
la noble nación hispana
gobierna cual soberana
desde el trono de un pilar.
No lo verán vuestros ojos,
(*Por el niño Jacobo.*)
pero si los de ese infante
cuya fe firme y constante
ese premio logrará,
y con siete convertidos
—las primicias de su celo—
á mi nombre en ese suelo
el primer templo alzará.
El crecerá como vaya
brillando de la fe el astro

y en mármol y en alabastro
grabará diestro cincel
mis glorias y los pintores,
los arquitectos más sabios
dejarán allí resabios
de su ingenio ó su pincel.
Y cuando en gruesos repliegues
de la noche los pendones
entapicen de crespones
ese templo colosal
los fieles Zaragozanos
dejarán sobre mi falda
del Rosario la guirnalda
con tierno afecto filial.
Pero antes, en sólo un día,
verá Zaragoza tantos
mártires, invictos, santos,
al pie del santo Pilar,
que la Historia al recordarlos
en páginas admirables
los llamará innumerables
por no poderlos contar.
Los hijos de vuestros hijos,
—¡Julio, Fausta, qué alborozo!—
sabrán entonces con gozo
ante mis plantas morir;
mientras yo del cielo baje,
de amor en santo delirio,
la Corona del martirio
que su sien debe ceñir.

. . . . . .

y si el ángel del averno
sus negras alas descoge
dejará el cielo que arroje
su ira ante mí como un mar;
deshecho en nevada espuma
el furibundo oleaje,
formará calado encaje

para el mantel de mi altar.
El último cataclismo
que de la nada al profundo
arroje en ceniza al mundo
verá este pilar en pie,
y alumbrará en él mi imagen
del sol el postrer destello
trocada en alcázar bello
de los restos de la fe.

JULIO. Estático he escuchado,
tan soberanos favores
¿cómo podrá tus amores
el pueblo hispano pagar?.

(*La Virgen pone el pajarito en la mano del Niño.*)

MARCIAL. (*A Paula.*) Ves. Hasta el pajarito lleva
el Nene.

PAULA. Y es verdad.

MARCIAL. ¡Chica...!
¡¡¡Viva nuestra Virgencica!!!

TODOS. ¡¡¡Vivaaaa!!!

MARCIAL. A cantar y á bailar.

ESCENA ULTIMA

Dichos y el ERROR, que mientras bailan y cantan los pastores y FAUSTA y JULIO les contemplan se desliza agazapado. La Virgen sube sobre el pilar y el ERROR empieza á levantarse poco á poco y eleva y extiende el manto cuanto le permiten sus brazos y cubre el pilar y la Virgen.

Copla

Virgen del Pilar hermosa
tienes un gusto excelente
y te has elegido un pueblo
hasta la pared de enfrente.

MARCIAL. (*Por el Error.*)
¡Hombre, bien! ¡Vaya un lucero

retrechero el que nos sale!
Mire, señor, más le vale
largarse pronto de aquí.

VERDAD. No tengáis ningún espanto
pues le veréis al momento,
como el humo por el viento
desvanecerse ante mí.

(*Se acerca la Verdad y con imperioso ademán hace señas al Error para que se retire; éste va encogiéndose y bajándose poco á poco hasta tocar el suelo; luego buye, dejando descubierto el pilar con la Viryen en la misma forma que tiene la imagen veneranda de Zaragoza. Dos ángeles aparecen á los lados del pilar. El grupo debe ser espléndidamente iluminado con bengalas ó algún foco eléctrico.*)

VERDAD. Hoy en bosquejo mirad
el bien de vuestra nación
cuando tomen posesión
de ella, la fe y la verdad.

FAUSTA. ¡Oh Dios!

PAULA. Cuadro encantador.

MARCIAL. Aquí no hay más que callar.

JULIO. ¡Honra, gloria, prez y honor
á la Virgen del Pilar!

Caen todos de rodillas, cuadro; telón.

FIN DE LA COMEDIA

ANTONIO J. BASTINOS

EDITOR